

Ocasiones de dignidad

Juan José Téllez (ed.) *Poemas a toda plana –Poesía y periodismo-* Prólogo de Luis García Montero. Visor, Madrid, 2009. 314 páginas.

También entre fogones habita la poesía, ¡Qué concurrido el espacio entre fogones! A pique de que dios o los poetas se quemen entre el humo de las horas y la grasa ambiental que ensucia las alegrías de las mañanas. Tuve el honor de conocer en persona a Juan José Téllez en Cádiz en el verano de 1994, if I remember (quien quiera saber: <http://www.juanjosetellez.com>); aunque ya había lo había leído y sabía de ese compromiso suyo para que no se deshilachen los hilvanes que dignifican la existencia, recibí una magnífica lección sobre la ética con que el periodista debe cuidar los titulares, en los que el uso de un término dibuja sobre el imaginario del lector una estampa u otra; el pánico o el sosiego, la dignidad o indignidad, la guerra o la paz dependen de esta labor paciente y concienciada. Recordemos los titulares con que el demócrata magnate del periodismo sensacionalista, William Randolph Hearst, inflamó una de las mechas para que la guerra de Cuba certificase las exequias de un concepto de las Españas. Lástima que aquel trasunto de ciudadano Kane haya legado memoria tan oscura a nuestra colectiva memoria oscura, con lo que me gusta su *Yellow Kid* (compitió con el editado por Joseph Pulitzer) y aquel humor para inmigrantes analfabetos inventado, a la vez que el concepto *amarillo* aplicado a las entonces prensas y hoy ondas ya electromagnéticas, ya lumínicas.

Y es que el oficio de rellenar páginas en blanco con la inmediatez de lo que a nuestros lectores interesa exige una atención irrenunciable y extrema a lo que pasa en la calle, tanta como ese concepto de poesía que pretende elevar el *mi* (como explica Chantal Maillard) a una categoría de *nosotros*, y asumir de ese *nosotros*, la parte que habita en el *mi*, idea que con su británica capacidad de síntesis plasmó Jaime en el título de su obra poética *Las Personas del verbo*. En el prólogo de Luis García Montero hallará el lector el sólido andamiaje ideológico sobre esta relación natural entre poesía y periodismo, una mirada atenta y silenciosa a la que no se oculta la tristeza que se esconde más allá de la fiesta, ni los resortes desde donde la angustia asalta, o la injusticia tan vulgar de que los días finalicen, como el sueldo que no cubre el mes, como los niños que ignoran los modelos de Mecanos pero desmontan con soltura el Kalashnikov, o los pueblos que jamás vieron una noria luminosa de feria pero identifican con pericia la estela de cualquier misil. Otras miserias menos evidentes esconde nuestro occidente rico e industrial que genera desventuras mediante crisis que paradójicas enriquecen los bolsillos de siempre, con el sudor, desahucios y lágrimas por gases inducidas de los de siempre. ¿Qué puede hacer la prensa por la poesía? Dignificarse, limpiarse, responde Luis. Desterrar hacia la indiferencia a esa legión de publifurcias y publifurcios (además de los productores que no vemos) que insultan con la exhibición de su catálogo de vaciedades. Dignificarse, limpiarse, responde Luis. El compromiso de los opinadores e informadores para que el poder ilegítimo no quede oculto al juicio colectivo, para que la inevitable manipulación lingüística que exige la expresión de un hecho, permanezca dentro de los grados aceptables, honestos. Dignificarse para que la veracidad prevalezca sobre el negocio que exige la cúspide directiva de los grandes grupos multimedia hoy temerosos de las cuentas de resultados y del oleaje de un futuro incierto, para mí esperanzador, por la capacidad y autonomía informativa que van a otorgar al ciudadano las tecnologías de la comunicación. Las grandes corporaciones y el Estado vigilarán a la ciudadanía, la ciudadanía vigilará a las autoridades.

Quienes trabajamos con el lenguaje sabemos bien de la poca inocencia que albergan las palabras: connotan, pervierten, tatúan; incluso las más dulces se disfrazan de mariposas y, sin embargo, a la caricia responden como serpientes. Las palabras ocultan las lápidas, su juego fónico puede camuflar el llanto. No supone un simple ejercicio de selección paradigmática la inserción de cualquier término en un titular; así sucede también en un verso. Del mismo modo, la mirada sufre enfoques distintos según qué paisaje se contemple, lo que exige un acto de voluntariedad que sitúa al poeta tanto como al periodista en una determinada trinchera. Ambos deben ser conscientes del privilegio que disfrutan. Imaginen un rifle en las manos, un búnker para el tiro, munición inagotable de palabras y al fondo hordas (que cada quien les ponga las banderas) de malvados ante la mira telescópica. Bang. Bang. Bang. Un endecasíabo, cinco columnas, bang, pie de foto, bñag, pie

quebrado, toma metáfora, rima los dos elementos y que le exploten en la boca, bang. Bang. Ha disparado Juan José Téllez al que oí hace tantos años que el uso de la palabra *avalancha* para referirse al paso veraniego de los magrebíes por el Estrecho, cosifica, ocultaba la carencia de infraestructuras e infundía miedo a los lectores, todo de una tacada. Bang. Y esos mismos criterios trasluce esta selección de poemas de la que, sin haberla mencionado aún, llevo escribiendo un buen rato, no porque ese texto necesite una larga justificación, sino porque lejos de funambular sobre un vacío, el tema que aborda Juan José Téllez exhibe tantas propuestas y facetas que desata en cualquier lector múltiples reflexiones sobre sus vértices y aristas.

El compilador ha distribuido los poemas al modo de secciones periodísticas que, si nos atenemos a las teorías clásicas de la ordenación, atiende su interés a dos elementos fundamentales, quizás como guiño para avezados navegantes de columnas; por un lado, el juicio e impresiones de los externos (columna, artículo, editorial o cartas al director) y, por otro, lo de más allá de las propias fronteras; así, tras los Titulares, Téllez concede preeminencia a los géneros de opinión antes que a los informativos, donde las secciones se abren con Internacional, Nacional e incluso Local. Tras estas, los diferentes suplementos –deportes, cartelera, espectáculos, mujer, radio, televisión, obituarios- configuran unas páginas donde no faltan anuncios (Deliciosos por terribles los de Nicolás Guillén, ¿y qué voy a decir del de mi amado Bukowski?) y publicidad, junto con el rescate de aquel género ya olvidado en la prensa hodierna, tan importantísimo en la decimonónica, que fue el Folletín por Entregas del que aquí nos llega el “Sherlock Holmes” de Borges, sin continuidad, por supuesto, hemistiquios que me llevan a reflexionar, aunque ya corte este hilo de pensamiento, en esa extraña voluntad de muchos medios de divorciarse de la literatura. Tampoco falta en este *Tellez’s Today* la firma de Contraportada que se entrega a Joan Manuel Serrat con “La abuelita de Kundera”.

Toda antología, o selección sufre una muy fácil y errónea crítica sentimental; el lector encontrará aquí unos autores y no otros quizás más de su gusto o recuerdo, echará en falta canciones que suenan en su duermevela, pero eso es tan inevitable como que aparezcan algunos títulos que tal vez ese mismo lector nunca hubiera incluido. También concede Téllez columna a cantantes poco frecuentes bajo los cintillos, postítulos o antetítulos (Sabina, excepción) donde aparezca la palabra *Poesía*, como Carlos Cano, Javier Ruibal (que tanto rima con *vital*) o los coros de carnavales gaditanos. El lector debe asumir el abordaje de este libro como quien acude al bar con Juan José Téllez para que le desvele según su criterio sus tapas y vinos favoritos, para que le narre sus viajes, o las estampas de su memoria, elementos todos con los que, dado sus buenos anclajes intelectuales, el lector educado coincidirá sin mayores problemas y, sobre todo, cuando cierre el libro habrá comprobado una vez más aquello que resalta al fondo de entradillas y columnas que rodean las fotos, en ocasiones con pies innecesarios, ilustradoras constantes de que el hombre sigue siendo un lobo para el hombre, y de que entre los fogones –yo diría que ahí sobre todo- también habita la poesía y no arraiga el olvido.

José Luis González Vera